

LAS RESIDENCIAS MÉDICAS Y LA CRISIS DEL PAÍS

En los últimos años hemos presenciado -y sufrido- la disolución del país, en forma gradual y en ocasiones vertiginosa. Poco o nada de lo que valorábamos queda en pie, destruidos no por una potencia extranjera, sino por la ignorancia, incompetencia, irracionalidad y corrupción de sus gobernantes, que de alguna manera reflejan los vicios de la población toda. No creo equivocarme si sospecho que hemos reactualizado el drama «civilización y barbarie»; y que la primera ha demostrado tener sólo un poder aparente y superficial: los bárbaros vencen, al menos hoy.

Nuestra tragedia fue y sigue siendo una tragedia educativa. Valores imprescindibles olvidados: «pobre pero honrado», «zurcido pero no roto». Una limpieza y prolijidad del cuerpo y vestido que correspondían a una limpieza interior. Después, aquello de «alpargatas sí, libros no», que planteó una oposición totalmente falsa y causó el cataclismo previsible.

Con este escenario, ocuparse de las residencias médicas puede parecer trivial. La «guerra del cerdo» y otras están desatadas. Pero anualmente cientos o miles de médicos recién graduados buscan ansiosamente un lugar para completar la formación que universidades demagógicas le birlarán.

El ingreso irrestricto desborda la capacidad docente de las Facultades. Los alumnos son asignados a plazas cada vez más lejanas de los hospitales universitarios tradicionales, para caer en instituciones de estructura académica débil, a lo más. Ya con el título bajo el brazo, comienza la ronda de los exámenes para las residencias médicas. Olvidados están los días del CONAREME, que integraba la mayoría de los concursos y de alguna manera supervisaba los programas. Ahora cada postulante debe rendir muchos exámenes, asistir a múltiples entrevistas, para acceder a un número de cargos año a año menor. Sin duda éstos serán ocupados por los candidatos más brillantes (con rotaciones ya como alumnos en centros del exterior, dominio del inglés, familiarizados con el «New England Journal of Medicine» y el manejo de computación). Con cualquier método de formación de post grado estos jóvenes lograrían una buena capacitación. Después quedan los otros, los más numerosos, que no tuvieron mayores contactos con el enfermo en su formación, con maestros distantes y borro-

sos, que estudiaron por apuntes, no conocen otra revista médica que la que algún laboratorio deja caer, y para quienes los buenos libros son una promesa por ahora inalcanzable. Estos son los más necesitados de una buena residencia. Difícil es conocer cuál será su destino después de verlos mirar ansiosamente las listas donde ocuparán una y otra vez los últimos lugares. Sus destinos estarán de algún modo amputados (y con ello el de muchos de sus pacientes futuros). El problema está lejos de ser banal: un número muy significativo de médicos graduados ya no tendrán plazas para ejercer su entrenamiento supervisado y de responsabilidad progresiva, donde los buenos hábitos se hagan carne en ellos. Está lejos de ser fácil explicar el silencio de las autoridades universitarias, de las academias y colegios profesionales: después de todo, los soldados que algún gobierno envió a Malvinas, ¿no son una metáfora bárbara de la carne de cañón que las facultades liberan cada año? Ahí estarán para ocupar guardias en clínicas remotas, consultorios de mutuales, puestos en ambulancias o pauperizadas salas de primeros auxilios, lejos del consejo, formación y supervisión de alguno. ¿Es éste un problema menor? ¿Cómo es que, ante él y otros desaciertos sanitarios no menores, algún decano elige celebrar el día del médico escuchando tangos en el aula magna de una facultad. Ciertamente nada de aprovechar estas circunstancias para discutir o meditar sobre la realidad que nos toca, y que no se nos ocurra después pedir perdón -como tantos- y creer que éste se concedo por sólo pedirlo.

¿Y los que acceden a una residencia médica?. En general, me temo que hoy lo harán a instituciones un tanto desquiciadas. La crisis actual, «la situación» como la llaman los pacientes, ha arrasado los hospitales como un vendaval. Cada día es más difícil mantener los equipos -mecánicos o humanos- funcionando. ¿Cómo formar a un cirujano acotando operaciones? ¿Cómo hacerlo sin insumos? Queda siempre lo que habríamos hecho, las radiografías y los test que se habrían pedido, la combinación de antibióticos que habríamos preferido, las publicaciones que hubiéramos deseado. Las nuevas circunstancias nos exigirán una conducta austera e incisiva. Esperemos que sea para mejor.

Miguel J. Maxit